

Cantaro

Colección del **MIRADOR**

El fantasma de Canterville

OSCAR WILDE



Colección del **MIRADOR**

El fantasma de Canterville

OSCAR WILDE

Colección del
MIRADOR

Directora Editorial: Graciela Valle

Correctora: Amelia Rossi

Traductora: Mariela Ferreira Ghezzi

Jefe del Departamento de Arte y Diseño: Lucas Frontera Schällibaum

Ilustrador: Rodrigo Luján

Diagramador: Mariano Gaitan

Coordinadora de imágenes y archivo: Samanta Méndez Galfaso

Tratamiento de imágenes y documentación: Máximo Giménez, Tania Meyer, Pamela Donadio

Imagen de tapa: Latinstock

Gerente de Prerensa y Producción Editorial: Carlos Rodríguez

Los contenidos de las secciones que integran esta obra han sido elaborados por Margarita Mostany de Wernicke y Silvina Marsimian

Wilde, Oscar

El fantasma de Canterville. - 3a. ed. 5a. reimp. - Boulogne: Cántaro, 2015.
64 p, 19 x 14 cm (Del mirador)

Traducido por Mariela Ferreira Ghezzi

ISBN 978-950-753-288-7

1. Narrativa Inglesa. I. Ferreira Ghezzi, Mariela, trad. II. Título
CDD 823

© Editorial Puerto de Palos S. A., 2009

Editorial Puerto de Palos S.A. forma parte del Grupo Macmillan.

Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina.

Internet: www.puertodepalos.com.ar

Queda hecho el depósito que dispone la Ley 11.723.

Impreso en la Argentina - Printed in Argentina

ISBN 978-950-753-288-7

Este libro no puede ser reproducido total ni parcialmente por ningún medio, tratamiento o procedimiento, ya sea mediante reprografía, fotografía, fotocopia, microfilmación o mimeografía, o cualquier otro sistema mecánico, electrónico, fotoquímico, magnético, informático o electroóptico. Cualquier reproducción no autorizada por los editores viola derechos reservados, es ilegal y constituye un delito.

Tercera edición, quinta reimpression.

Esta obra se terminó de imprimir en septiembre de 2015, en los talleres de IRAP Servicios Gráficos, Mitre 3367, San Martín, provincia de Buenos Aires, Argentina.

Índice

Puertas de acceso	5
Receta para un fantasma	7
Sigamos algunas pistas	9
Los Estados Unidos contra Inglaterra o “La guerra de dos mundos”	14
<i>El fantasma de Canterville</i> : ¿cuento largo o novela corta?	15
La obra: <i>El fantasma de Canterville</i>	17
Bibliografía	64

Puertas
de acceso

Receta para un fantasma

Una leve corriente de aire que pasa junto a nuestro rostro, un crujido incierto atrás o, quizás, lamentaciones y risas que provienen quién sabe de dónde nos revelan la presencia de alguien que no vemos, pero presentimos: un fantasma.

Si a esto le agregamos una mansión inglesa medieval, corredores oscuros, puertas siniestras y leyendas sobre muertos que vuelven a la vida, tendremos como resultado el espanto y el escalofrío. Tal vez sea esta la receta de una verdadera historia de fantasmas en la Inglaterra de alrededor de 1900, pero definitivamente no es lo que nos ofrece Oscar Wilde en este relato.

Este autor británico nacido en Dublin (Irlanda), en 1854, imaginó para sus lectores un fantasma distinto: un alma errante y solitaria, que fracasa en sus intentos de asustar a los nuevos habitantes de la casa donde habita; un ser incomprendido y atrapado, desde hace siglos, en una húmeda habitación. En esta

situación, Oscar Wilde nos transmite su humor y su ternura: se ríe de los fantasmas, del miedo y de la muerte; pero se burla también de los ingleses, sus tradiciones y costumbres, según las cuales fue educado.

Siguiendo a Ramón Pérez de Ayala¹, podríamos decir que Oscar Wilde encarna el tipo característico de “niño malcriado o echado a perder”, que comete diabluras y es adorado por sus irreverencias y desplantes, y luego desechado y criticado por imprudente y rebelde. De acuerdo con esta descripción de lo que fue una actitud constante de vida en Wilde, sus dardos van dirigidos con malevolencia a lo que los ingleses valoran tanto: su tradición, sus creencias y la “honorabilidad”.

Estos ataques disfrazados de humor y chispas de afecto no podían quedar sin castigo, y los últimos años de Wilde —su permanencia en prisión por transgredir normas morales de la época y su posterior aislamiento— dan fe de que los tuvo que pagar bien caros. Como sostiene Arnold Hauser², Wilde es un escritor burgués triunfante mientras parece soportable a la clase dominante pero, tan pronto como comienza a disgustarla, es “liquidado” sin compasión³.

No se puede dejar de mencionar la posición que adopta el entorno intelectual de la Inglaterra victoriana con respecto a Wilde. Existía, por una parte, una situación de bienestar y seguridad burguesas y, por otra, de amenazas, más o menos larvadas o patentes, de los estratos populares, que empezaban a hacerse escuchar. El arte oficial, académico, signo de mal gusto, se enfrenta con un esteticismo inconformista que tampoco comulga

1 Citado por Alfonso Sastre en “Retrato biográfico”, en Wilde, Oscar. *Teatro*. Madrid, EDAF, 1982.

2 En *Historia social de la literatura y el arte*. México, Guadarrama, 1983.

3 Para más datos sobre la vida de Oscar Wilde, consulten el **Cuarto de herramientas**.

con los ideales revolucionarios, sino que se deslumbra con lo sensual, la belleza en sí misma, y gana rápidamente terreno entre los jóvenes rebeldes de la Universidad de Oxford, entre los que se encuentra nuestro autor.

Sigamos algunas pistas...

Oscar Wilde encarna este movimiento rebelde e inconformista de la época y elige, tanto para su oficio de escritor como para su vida personal, un recurso de doble juego: la ironía.

La ironía es ese tipo de burla o chiste disfrazado de lenguaje serio y formal; en las manos de Wilde, se convierte en un estilete que se clava profundamente en las entrañas de la sociedad inglesa y que le sirve, también, al escritor para escapar de las propias penurias. Se cuenta, por ejemplo, que en una ocasión el autor fue arrastrado hasta una colina y golpeado con brutalidad por unos compañeros de Oxford que, fastidiados por sus maneras extravagantes y exquisitas, o por la brillantez de sus respuestas, quisieron darle una lección. Cuando terminaron de pegarle, Wilde se levantó del suelo serenamente, se arregló el traje y el cabello y, mirando a lo lejos, dijo complacido: “Sin duda, es delicioso el paisaje desde esta colina”.

La tendencia a la ironía, típica en nuestro autor, aparece en *El fantasma de Canterville* desde el principio. Al ser advertido el señor Otis, el comprador del castillo, sobre la incómoda presencia de un fantasma, contesta burlescamente: “[...] me quedaré con los muebles y con el fantasma bajo inventario”.

Se verá cómo, a lo largo de la narración, el recurso de la ironía es presentado a menudo en boca de la familia Otis, compuesta por personajes estadounidenses que sintetizan la crítica de Oscar Wilde al imperio inglés de fin de siglo. Como dice el señor Otis:

Provengo de un país moderno donde poseemos todo cuanto puede comprarse con dinero, y jóvenes vigorosos que recorren el viejo mundo en busca de diversión y privan a ustedes de sus mejores actores y primadonnas. Creo que, si existiese un fantasma en Europa, pronto se encontraría en uno de nuestros museos públicos, o lo exhibirían en cualquier espectáculo de feria.

Noten el tono de este americano que habla del fantasma con total incredulidad y que lo equipara a un bufón, un enano u otro personaje ridículo de circo o de feria, quitándole desde el inicio esa aureola de prestigio que tiene el fantasma de lord Canterville, perteneciente a la rancia nobleza de Inglaterra. “Los fantasmas no existen, y no creo que las leyes de la naturaleza admitan excepciones en favor de la aristocracia inglesa”, agrega Mr. Otis.

El día de la llegada de la familia Otis al castillo, el ama de llaves se desmaya al oírse un fuerte trueno. La señora de Otis le pregunta a su marido: “[...] ¿qué podemos hacer con una mujer que se desmaya?”. “Lo descontaremos de su salario”, responde el señor Otis y nos muestra, otra vez, que la burla y la ironía del autor aparecen en las situaciones que usualmente provocan ansiedad o miedo, atacando de raíz el clima de horror y de muerte que pretende instaurarse en el castillo.

Esta herramienta exquisita en manos de un escritor sagaz e inteligente produce la desarticulación y posterior destrucción de la figura de un fantasma horroroso y macabro, y da paso a un alma en pena que vaga tristemente por el castillo buscando la ayuda y el amor de un ser humano para poder establecerse definitivamente entre los muertos. “Puedes abrirme las puertas de la casa de la Muerte, porque el Amor está siempre contigo, y el Amor es más fuerte que la Muerte”.

El fantasma de Canterville

OSCAR WILDE

Título original: *The Canterville Ghost*
Traducción de Mariela Ferreira Ghezzi

I

Cuando el ministro de los Estados Unidos, el señor Hiram B. Otis, compró el castillo de Canterville, todo el mundo le aseguró que cometía una solemne tontería, por cuanto no cabía la menor duda de que el lugar estaba encantado.

Hasta el mismo lord Canterville, hombre de la más acrisolada honorabilidad, cuando llegó el momento de discutir las condiciones, se creyó obligado a advertírselo.

—Nosotros mismos no hemos querido habitarlo —dijo el señor de Canterville— desde que la duquesa viuda de Bolton, tía de mis padres, en ocasión de estar vistiéndose para la comida, sufrió un grave ataque de nervios del que nunca llegó a reponerse, como resultado de la impresión sufrida al sentir sobre sus hombros dos manos de esqueleto. También me creo en el deber de decirle, señor Otis, que varias personas de mi actual familia han visto al fantasma con sus propios ojos, lo mismo que el rector de la parroquia, el reverendo Augusto Dampier, miembro de la real Universidad de Cambridge¹. Tras el lamentable incidente ocurrido a la duquesa, toda nuestra joven servidumbre se negó a continuar trabajando a nuestro servicio, y *lady* Canterville misma, muchas noches, se vio imposibilitada de conciliar el sueño a causa de los ruidos misteriosos que llegaban de la galería y del gabinete de lectura.

—Milord —respondió el ministro—, me quedaré con el moblaje y con el fantasma bajo inventario. Procedo de un país donde poseemos todo cuanto puede comprarse con dinero y,

¹ Prestigiosa universidad inglesa, fundada en el siglo xv.

con la flor de nuestros jóvenes que recorren en sus juergas el viejo mundo y privan a ustedes de sus mejores actrices y *prima-donnas*, creo que si algo así como un fantasma existiese, pronto lo hubiéramos tenido en uno de nuestros museos públicos, o lo exhibirían en cualquier espectáculo de feria.

—Creo firmemente que el fantasma existe —dijo sonriendo el señor de Canterville—, aunque muy bien pudiera haber resistido a las ofertas de sus intrépidos empresarios. Se lo conoce desde hace tres siglos, mejor dicho, desde el año 1584 exactamente, y hace sus apariciones poco antes de la muerte de un miembro de la familia.

—Lo cual ocurre también con el médico, lord Canterville. Pero todo eso de los fantasmas es puro cuento, y no creo que las leyes de la naturaleza vayan a suspenderse en favor de la aristocracia inglesa.

—Bien se ve que son ustedes muy sencillos en América —respondió el señor de Canterville, que no acabó de comprender la última observación del señor Otis— pero dado que a usted no le molesta la presencia de un fantasma en su casa, no se hable más del asunto, aunque conste que ha sido advertido.

Pocas semanas después, se cerró el trato y, a fines de estación, el ministro se trasladó con su familia al castillo de Canterville.

La señora del ministro que, de soltera, o sea, como *miss* Lucrecia R. Tappan, de la calle 53, Oeste, había sido una célebre belleza neoyorquina, era aún una mujer de regular edad, de hermosos ojos y perfil soberbio.

Muchas damas americanas, al abandonar su patria, adoptan un aspecto de enfermas crónicas, suponiendo que ello es una forma de refinamiento europeo, pero la señora de Otis nunca incurrió en semejante error. Poseía una admirable constitución y una gran vivacidad sensual.

En una palabra, era completamente británica en muchos sentidos y constituía una buena prueba de que hoy en día todo es común entre ingleses y americanos, excepto, naturalmente, el idioma.

El hijo mayor, a quien sus padres habían bautizado con el nombre de Washington, en un momento de exaltación patriótica que él siempre deploró², era un muchacho rubio, bastante guapo, que había demostrado excepcionales cualidades para la diplomacia americana, por haber dirigido los bailes del casino de Newport durante tres temporadas consecutivas y, además, en Londres mismo tenía fama de buen bailarín.

Las gardenias y la nobleza constituían sus únicas debilidades. Fuera de esto, era un muchacho muy sensato.

Virginia E. Otis era una jovencita de quince años, esbelta y delicada como una gacela, con una dulce expresión de franqueza en sus hermosos ojos azules.

Era una excelente amazona y había vencido con su jaca a lord Bilton, al dar dos veces la vuelta al parque y llegar frente a la estatua de Aquiles con un cuerpo y medio de ventaja. Esto hizo las delicias del joven duquecito de Cheshire, que se le declaró en el acto, lo que obligó a sus tutores a enviarlo a Eton³ aquella misma noche, hecho un mar de lágrimas.

Después de Virginia, venían los gemelos, a quienes llamaban “Barras y Estrellas”, pues vivían en constante agitación⁴. Eran unos muchachos divertidísimos y, con excepción del digno ministro, los únicos republicanos de la casa.

2 Se alude a George Washington (1732-1799), primer presidente de los Estados Unidos desde su independencia de Inglaterra.

3 Instituto educativo, fundado en el siglo xv, que tuvo como estudiantes a gran número de aristócratas y gobernantes ingleses.

4 Con “Barras y Estrellas” se alude a la bandera estadounidense. Las *barras* representan los cincuenta estados actuales; y *las estrellas* blancas, cada uno de los estados originarios.

Como el castillo de Canterville dista siete millas de Ascot⁵, la estación más próxima, el señor Otis había telegrafiado pidiendo un coche para la llegada, al cual subieron todos y partieron en medio de la mayor alegría.

Era una deliciosa tarde del mes de julio, y el aire estaba delicadamente impregnado con la esencia de los pinos.

De vez en cuando, se oía el dulce arrullo de las palomas torcaces, o aparecía entre los crujientes helechos la bruñida pechuga del faisán.

Desde lo alto de las hayas, las ardillas atisbaban su paso; y los conejos, con el blanco rabillo en alto, huían veloces entre los matorrales o por los cerros cubiertos de verde musgo.

Sin embargo, al entrar en la avenida de Canterville, densos nubarrones cubrieron repentinamente el cielo, una extraña quietud invadió la atmósfera, una bandada de cornejas cruzó rauda sobre sus cabezas y, antes de que llegasen al castillo, habían caído gruesas gotas de lluvia.

De pie, sobre los peldaños, los esperaba una anciana pulcramente vestida de seda negra, con cofia y delantal blancos. Era la señora Umney, el ama de llaves, que la esposa del ministro, a instancia reiterada de *lady* Canterville, había consentido en conservar en su puesto. Hizo a todos una profunda reverencia y, con ceremonias de una época lejana, dijo:

—Los señores sean bienvenidos al castillo de Canterville.

La siguieron, atravesaron la magnífica sala de estilo Tudor⁶ y entraron en el salón de lectura y biblioteca, que era una habitación larga, de bajo techo, con friso de negro roble y una amplia ventana con vidrios de colores.

⁵ Ascot es una localidad de Berkshire, Inglaterra, famosa por las carreras de caballos que se celebran allí.

⁶ Estilo arquitectónico que se desarrolla en Inglaterra entre 1485 y 1558, época de los primeros reyes de la dinastía Tudor y, particularmente, durante el reinado de Isabel I.

Allí encontraron listo el té.

Después de quitarse los abrigos, se sentaron a la mesa, mirando con curiosidad en torno de sí, mientras la señora Umney les servía.

De pronto, la senora de Otis se fijó en una oscura mancha roja que había en el suelo, junto a la chimenea y, completamente ajena a lo que pudiera ser, dijo a la señora Umney:

—Me temo que se ha vertido algo aquí.

—Sí, señora —respondió la vieja ama de llaves en voz baja—, se ha vertido sangre.

—¡Qué horror! —exclamó la señora de Otis—. No me gusta ver manchas de sangre en un salón. Hay que limpiarla en seguida.

La anciana ama sonrió y dijo con el mismo tono misterioso de voz:

—Es la sangre de *lady* Leonor de Canterville, asesinada en este mismo sitio por su propio esposo, lord Simón de Canterville, en 1575. Lord Simón la sobrevivió nueve años y desapareció de repente en circunstancias sumamente misteriosas. Su cuerpo no ha sido descubierto nunca, y su espíritu maligno vaga errante por el castillo. La mancha de sangre ha sido muy admirada por turistas y demás personas, y no es posible hacerla desaparecer.

—Todo eso son tonterías —exclamó Washington Otis—. El quitamanchas *Campeón* y el detergente *Ideal*, de Pinkerton, la limpiarán en un segundo.

Y, antes de que la aterrada ama de llaves pudiera intervenir, el joven había caído de rodillas y estaba limpiando el suelo con una barrita de algo semejante a un negro cosmético.

Después de un momento, no quedó ni rastro de la mancha de sangre.

—Ya sabía yo que el *Pinkerton* no fallaría —exclamó, triunfante, y volvió la mirada hacia su orgullosa familia.

Apenas hubo terminado de pronunciar estas palabras, cuando un formidable relámpago iluminó la sombría sala, el fragor

de un trueno los hizo incorporarse asustados, y la señora Umney se desvaneció.

—Querido Hiram —exclamó la señora de Otis—, ¿qué podemos hacer con una mujer que se desmaya?

—Lo descontaremos de su salario —contestó el ministro—. Así no volverá a desmayarse.

Y al instante, en efecto, la señora Umney volvió en sí. Sin embargo, no podía negarse que se hallaba muy sobresaltada, y aconsejó solemnemente al señor Otis que se precaviese, pues era seguro que alguna grave calamidad habría de ocurrir en la casa.

—Señor —dijo—, he visto cosas que le harían erizar el pelo a cualquier cristiano y muchas, muchas noches, no he podido pegar los ojos debido a los horrores que aquí suceden.

Pero el señor Otis y su esposa tranquilizaron a la buena mujer, asegurándole que no tenían ningún miedo a los fantasmas y, después de implorar la bendición de la Providencia para sus nuevos amos y de preparar el terreno para un aumento de salario, la vieja ama de llaves se dirigió hacia su habitación.